LA OFRENDA A DIOS ENTRE EL LUJO Y LA MISERIA

-P.Prisciliano Hernández Chávez, CORC.

Según Ortega y Gasset, “El hombre es un animal que lleva dentro historia, que lleva dentro toda la historia…” Esa historia también es genética; en cierta manera nos vincula a todos en una dependencia e interrelación, cada vez más puesta en evidencia después de los estudios sobre el genoma humano del año 2000. En esa perspectiva, nadie puede sentirse extraño respecto de cualquier ser humano, -y no solo por ser espíritu encarnado con una altísima dignidad como persona, digna de ser respetada, e incluso, como determina el Papa Francisco es injusta la pena de muerte, como un verdadero avance en la comprensión del valor de la persona- , sino en el sentido antes señalado. Entonces somos una sola familia, las personas humanas. Más allá de los planteamientos ideológicos, de divisiones artificiales y convenencieras, de planteamientos jurídicos para mantener el orden, existe una unidad profunda en todo el género humano, señalada por la Gaudium et Spes, “…que la genuina unión social exterior procede de la unión de espíritus y de corazones…”( 42, c). Por eso es escandaloso en esa historia universal de la humanidad de todos los tiempos y lugares, el cargar con la lacra entre el lujo y la miseria; entre la explotación y la usura más ofensivas; entre tantas autojustificaciones que provocan la separación y causan enormes sufrimientos a los hermanos-humanos, el impuesto inmisericorde de los latrocinios impunes de políticos . La visión económicista desde el capitalismo individualista, fruto del calvinismo como lo estudia Max Weber, ha generado a pobres, explotados y miserables; ha olvidado la dimensión social de la riqueza. Otro tanto en la visión economicista social-comunista, que degenera en un capitalismo de estado, negando el valor de la propiedad individual y los derechos de la persona humana. Ni qué decir de los políticos de todas las facciones y países que se han robado el trabajo de muchos, cuya obligación es darle cause a los bienes de todos, para favorecer a todos, sobre todo, a los más desfavorecidos; los corruptos de siempre, que le han quitado al pobre su pan, su vivienda y su dignidad. De aquí la importancia de promover una política del equilibrio, en donde la persona humana y la familia, sea el centro de toda preocupacion. Por eso la ofrenda de la viuda del evangelio (Mc 12, 24-34), más que cuantitativa, es cualitativa; ella misma se ofrece en su pobreza, es agradable a Dios. No porque Dios necesite de nuestras cosas, sino porque nosotros necesitamos de Él y Él nos ubica y equilibra en la orientación de los bienes, fruto del trabajo ofrecido a su gloria y compartido a los hermanos. Esa es la ofrenda agradable: la ofrenda del corazón de toda persona , que valora a los hermanos humanos.